No sabemos en qué escenario nos movemos

Néstor García Canclini

YA QUE ME PIDEN UNA VISIÓN PERSONAL sobre este asunto, diré cómo fue cambiando mi visión de lo contemporáneo desde el comienzo de mis estudios en Argentina. En aquella época se daban acercamientos hacia las vanguardias tanto en las artes audiovisuales como en el teatro. Era la década de 1960 y estaban en el panorama experimental desde el Instituto Torcuato di Tella en Buenos Aires, donde se concentraban el teatro *off*, los *happenings* y las nuevas artes visuales, hasta la literatura de Julio Cortázar que acababa de publicar *Rayuela*. Un nuevo periodismo irradiaba estas innovaciones y ofrecía una novedosa visión crítica que nutría un saber y una percepción cultural de la época. En Argentina había poco latinoamericanismo, mucha europeización y primeras aproximaciones a la escena de avanzada neoyorquina. La sociedad argentina se constituyó por las migraciones, el exterminio de los indígenas y la configuración de una sociedad con una numerosa clase media desde la mitad del siglo XX. Me parecía que el deseo de innovación era enriquecido al vincularse con lo latinoamericano, al punto de que uno de mis primeros libros, *Arte popular y sociedad en América Latina*, fue un intento de recoger experiencias de transformación entre arte, sociedad, públicos y experiencias políticas en la década de 1970. Lo hice con las limitaciones del correo postal de aquella época y la dificultad de que casi

nadie contestaba las cartas. Pero pude analizar conjuntamente experiencias lejanas y cercanas, como el teatro de Augusto Boal y Enrique Buenaventura en Brasil y Colombia; el Grupo Cine Liberación o las propuestas del Tercer Cine. También acompañé experiencias editoriales que en ese momento resultaban innovadoras, trabajos de escritura, de construcción alternativa de grupos culturales, para sacar el museo a la calle u organizar culturalmente a la gente desde espacios como los sindicatos críticos y las universidades. Todo esto configuraba lo contemporáneo en las décadas de 1960 y 1970, pero fue arrasado años después en Argentina, Brasil, Chile y otros países con dictaduras, muertes y exilios.

La necesidad de salir de Argentina después del golpe militar de 1976 me situó en otro horizonte: la experiencia mexicana. Aquí tuve la oportunidad de observar la trama social, económica y política que se daba en una época de monopartidismo, de coexistencia compleja pero muy viva de lo tradicional y lo moderno. Esto me llevó a elegir como primer tema de investigación en México las transformaciones de las artesanías y las fiestas tradicionales de Michoacán. Seguí a los artesanos en sus recorridos hacia otras ciudades e incluso otros países, especialmente a los Estados Unidos, para documentar sus intercambios con el mercado nacional e internacional, así como con los turistas. Me fui insertando en una intensa interculturalidad. Aquellas preocupaciones hoy me resultan un poco lejanas. Siguen existiendo procesos semejantes en zonas de México y en América Latina, pero se han modificado radicalmente para la mayoría de la población. Lo que se llama globalización, que pudiera ser la fuente de muchos de esos cambios, tiene formas específicas en América Latina, que se configuraron de modo particular debido a los tratados de libre comercio. Se dio una cierta intensificación de las relaciones con Estados Unidos y entre países latinoamericanos, pero también una diversificación hacia el mundo asiático, especialmente en el Cono Sur. Así, desde hace alrededor de quince años, países como Argentina o Brasil dividen por tercios sus relaciones comerciales: una tercera parte con los Estados Unidos, otra con Europa y una más con los de su región y con los países asiáticos. Esto no sólo implica una apertura económica o cultural: es más bien una "contaminación" transnacional intensa, que se manifiesta desde luego en un nivel hegemónico, oficial o empresarial, y se deja ver de otro modo en los movimientos de los

jóvenes, las culturas y los movimientos sociales. Las tecnologías digitales colaboran para acrecentar en la vida cotidiana de las mayorías el acceso globalizado a la información y el entretenimiento.

Lo contemporáneo es para América Latina la inserción en lo global, pero se trata de una globalidad subordinada, menos estructurada que la de Europa, con más movilidad social intra y transnacional. Podemos verlo en las migraciones, la inserción de las industrias comunicacionales y la creciente participación de artistas en bienales internacionales, en varios casos con alto reconocimiento, y en la interacción de escritores, editores y músicos con repertorios muy heterogéneos. Todo esto se ha vuelto constitutivo de la manera de hacer arte y me ha estimulado a cambiar de agenda: he dejado de estudiar preferentemente las industrias y políticas culturales y su relación con las culturas nacionales para explorar la riquísima interacción de las nuevas generaciones con esta variedad de contenidos, formas y redes.

A mi manera de ver, el proyecto moderno de América Latina, que había surgido con la constitución de los Estados nacionales, la invisibilización de las etnias y la homogeneización de la lengua, comenzó a mostrar sus límites y fracasos en un proceso que tuvo varios quiebres. El que me parece más rotundo ocurrió en las décadas de 1960 y 1970, durante la época de las utopías desarrollistas e independentistas que en realidad formaban parte de un mismo patrón, aunque revertido. Al deteriorarse las aspiraciones utópicas, entró en crisis el modelo de desarrollo socioeconómico y cultural de las vanguardias. Recordemos que, en la década de 1960 y parte de la siguiente, tanto las vanguardias artísticas como las político-guerrilleras aspiraban a construir una sociedad en la que hubiera vivienda, educación, salud y cultura para todos, y en la que los beneficios fueran redistribuidos. El potenciamiento del proyecto se lograría a través de algún tipo de revolución en la sociedad y en el lenguaje.

Las dictaduras y otros movimientos regresivos implantados en las sociedades que acogieron el neoliberalismo frustraron ese proyecto histórico. Desde entonces, este proceso latinoamericano coexiste con lo que podemos llamar la *thatcherización* del mundo. Se impone un modelo tecnopolítico, social, económico y financiero en el que la especulación predomina sobre la producción y, como parte de ese proceso, se promueve un cambio ético y político radical, según el cual el bienestar social no tiene que ser para todos.

El economista José Alfredo Martínez de Hoz, miembro de la oligarquía y ministro de economía durante la dictadura militar argentina, lo dijo de forma rotunda: "Argentina es un país para ocho millones de habitantes", cuando ya en ese momento había alrededor de 25 millones. Por lo tanto, hubo provincias a las que dejaron de llegar el ferrocarril y otros recursos. Había una voluntad de empequeñecimiento de los proyectos nacionales, como si se buscara legitimar la exclusión, volverla natural. Me parece que seguimos en eso; puede verse, por ejemplo, que Grecia fue semiexpulsada de la Unión Europea sin acabar de cumplirlo, pues existe el deseo de mantenerla cautiva para seguir expoliándola. Generaciones enteras de jóvenes griegos, dos o tres, duplican la tasa de desempleo, como también sucede en España, México, Argentina, Chile o Brasil. Vivimos en la contradicción asumida de que la perspectiva neoliberal no supone una ética de desarrollo. Han impuesto como legítimo que el desarrollo sea para la minoría.

Hace cuatro o cinco décadas se llamaba "ejército de reserva" a todos aquellos que quedaban fuera del proceso de producción para abaratar los costos y se los podía incorporar periódicamente. Esto ha dejado de ser una excepción y ahora se ve como normal que enormes contingentes de población sean excluidos. La estructura emanada de este proceso genera una informalidad que se propaga en el conjunto de la sociedad, la política y la economía. En las ciencias sociales, el término *informalidad* fue creado para nombrar ciertos mercados de trabajo, pero ahora también la política es informal y ya casi no hay partidos que opinen con apego a la ley, sin corrupción y sin trampas. En América Latina ningún país, excepto Uruguay, tiene colectivos políticos que se rijan totalmente por reglas democráticas de cierta universalidad, contrastables y verificables. Lo que se ha dado, en cambio, es esta especie de explosión mediática de escándalos debido a la corrupción espectacularizada, que involucra a casi todos los partidos.

El orden social se convierte así en una dispersión de conductas que tratan de sobrevivir. Han cambiado los estilos de vida, la ética, lo que es legítimo o ilegítimo; y en el horizonte próximo se ven pocos signos que tiendan a revertir este proceso mundial, cuyas diferencias habría que señalar. En países como México, donde no hay partidos de oposición y los estilos de vida social y política están llevando a la ingobernabilidad, todo se reproduce erráticamente. En Europa se ha juzgado a trasgresores y a delincuentes

de la vida pública. En Italia o España, hay procesos judiciales en los que se pena la corrupción. En Colombia, una buena parte de los miembros de la cámara de diputados terminó en la cárcel o procesada, al igual que un alto número de militares, paramilitares y narcotraficantes.

¿Qué puede hacerse en este panorama? En México, por ejemplo, surgieron movimientos de autogestión por los derechos humanos, contra la violencia y también protestas multitudinarias con motivo de los recortes sufridos por el INBA y Conaculta. Se juntaron varios miles de firmas para exigir la restitución de los fondos suspendidos por el ejecutivo. Esto se logró con muy poca información de base, por ejemplo sobre el número de plazas recortadas. Circulaban las anécdotas, las experiencias parciales ocurridas en los museos, pero nos falta un diagnóstico de conjunto. Pese a estas deficiencias, lograron reunirse de forma solidaria artistas, curadores, personal de museos y escritores. Es celebrable el trabajo de estos grupos que han dirigido cartas a Peña Nieto y a las autoridades de Conaculta para reclamar el presupuesto cortado. Pero también hay que destacar las acciones de algunos sectores que firman la carta y que están pensando en actividades fuera del aparato institucional. Vamos trascendiendo la discusión sobre políticas culturales y ensayando con flexibilidad, versatilidad, no sólo qué debe cambiarse en las instituciones, sino lo que podemos hacer fuera de ellas y sin ellas.

El antecedente más parecido de este proceso de autogestión fue la movilización que ocurrió durante 1985 después del sismo en la Ciudad de México. En aquel momento las acciones estaban motivadas por la emergencia y por la necesidad de dar respuestas colectivas en la urgente solidaridad que la situación imponía. Esto generó otras movilizaciones en defensa de la ecología y la vida urbana, y luego el surgimiento del PRD y de otros proyectos de izquierda. La conmoción hizo más visibles problemas estructurales de la capital y del país y estimuló propuestas alternativas: los primeros gobiernos independientes del Distrito Federal, la transformación de algunas instituciones y el desarrollo de iniciativas innovadoras en museos y otros espacios públicos de la cultura. Pero esta efervescencia se fue apagando. El movimiento crítico fue cooptado o aislado y resurgió a partir de 1994 acompañando el zapatismo y en años recientes con el movimiento estudiantil #YoSoy132.

¿Cómo se juntan todos estos movimientos sociales? Hacen solidaridades diversas y logran una cierta cohesión. Pero son desalentados a menudo por la represión y por la incapacidad de los partidos de representar su malestar y sus protestas. Sin embargo, creo que no tenemos todavía un panorama claro de lo que se está articulando ahora. Se juntan 200 mil personas en Reforma o 30 mil en las calles de Oaxaca o de Guerrero, sin que estas protestas se integren a un proyecto nacional, regional o local. Hay una emergencia confusa de muchas voluntades, reivindicaciones de intereses y necesidades sectoriales.

En junio y julio de 2015 di conferencias sobre creatividad, precariedad e interculturalidad en Xalapa y Querétaro. Hablé ante alrededor de 250 gestores culturales, artistas y estudiantes universitarios muy dispuestos a repensar sus trabajos, qué hacer con estas preocupaciones. Además, en Querétaro había 7400 personas conectadas por *streaming*. Luego, en la noche, cuando caminábamos por las calles de Xalapa, quienes asistieron a las conferencias me decían: "ese restaurante ya cerró porque extorsionaban al dueño y no quiso seguir". Me daban datos de la descomposición, del ocultamiento que el gobierno de Veracruz practica con respecto a las muertes y los asesinatos de periodistas en los últimos años. Han sido publicados más en la prensa de la Ciudad de México que en la de Veracruz. En Querétaro me encontré con el pasaje del gobierno del PRI al PAN y con el escepticismo acerca de lo que puede hacerse desde las instancias oficiales. Sin embargo, fueron el Instituto Veracruzano de Cultura en un caso, y el Instituto Queretano en el otro, quienes organizaron estas reuniones.

En la Ciudad de México es donde más efervescencia muestran los emprendimientos culturales: ferias de libros, una próspera feria de artes visuales, una decena de festivales de cine cada año, entre ellos Ambulante, que se extiende a doce ciudades del resto del país. En todos los eventos son decisivas las iniciativas independientes.

Algunas inquietudes son asumidas por unas pocas instituciones, pero es difícil prever cómo seguirá procesándose el malestar. Existe una sociedad muy desestructurada, golpeada por el miedo, destruida por el asedio, las extorsiones, los tráficos ilegales, y toda esa informalidad convertida en ilegalidad. Se trata de sectores de la sociedad que no se dejan inmovilizar por la ineptitud y la corrupción de los gobernantes y de los partidos, pero

hallan más vías culturales para expresarlas que medios políticos para resolver sus demandas

Estamos en una transición que seguramente será larga y en la que se multiplican las emergencias. Por ejemplo, debido a los recortes presupuestales el treinta por ciento del personal en los organismos públicos de cultura ha sido suspendido o despedido este año; en algunos museos, se reúnen todos los empleados y deciden que no se va a ir nadie. ¿Cuál es la solución? Reducir el tiempo de trabajo y el salario de cada uno para poderse quedar todos y seguir los proyectos.

No hay un exilio masivo de intelectuales, artistas o creadores culturales. Lo que observamos desde hace más de una década es que muchos que estudian doctorados en el extranjero se quedan fuera del país porque no hay plazas que les permitan reinstalarse en México. Vivimos una reconfiguración compleja del horizonte nacional e internacional: suceden intercambios de un modo *underground* o por canales no institucionalizados. El paisaje de las nuevas generaciones exhibe la ambivalencia de una creatividad fascinante —en el cine, la literatura, las artes visuales y las redes— en medio de la precariedad y la inercia institucional.

En el mundo contemporáneo, el vínculo con la digitalidad es ambivalente. Por un lado nos intercomunica de un modo inédito, simultáneo, con una escala que nunca habíamos vivido, y al mismo tiempo facilita el control de sectores hegemónicos muy diversos. Suele advertirse mucho sobre el control del Estado. Me parece que, cuando expresamos el temor de ser espiados, pensamos todavía en un Estado autoritario del tipo soviético, pero transferido a todo el mundo. Estamos poco atentos al empoderamiento de las empresas transnacionales. La capacidad de espionaje de los principales países europeos hacia su población es incomparable con la capacidad de construcción de metadatos de Google, Yahoo, Apple, y los demás monopolios concentrados de la producción de *software* y *hardware*. Esto no se denuncia, se investiga poco y está absolutamente desregulado o descontrolado.

No sabemos bien en qué escenario nos movemos. Existe una especie de disposición subjetiva y social que nos lleva a seguir comunicándonos, a opinar y publicar, diciendo lo que pensamos cuando en realidad no sabemos cuántos nos escuchan y qué efectos va a tener lo que decimos. Lo que enten-

demos como solidaridad también tiene que ver con la indignación por el control, para protegernos o como duelo por las pérdidas. Me refiero a esta sensación de que, por más que nos controlen, hay algo que no puede detenerse en estos procesos de emergencia, porque aún no puede ser administrada por algún tipo de gobernanza.

Lo digital está reconfigurando todo y a la vez no se ha eliminado la importancia del mundo *offline*. Estudios recientes en torno a los movimientos sociales de protesta en Egipto, Brasil y México, o en torno a la lectura en línea y en papel, por ejemplo, revelan una indisolubilidad de los vínculos entre lo digital y lo presencial o copresencial. Todo sugiere que lo *offline* y lo *online* interactúan y se complementan de maneras paradójicas.

Uno de los aspectos de la cultura contemporánea que llama la atención es la revitalización constante de lo presencial. Cae la venta de discos y videos, pero la gente aún asiste a las salas de cine y teatros. Se incrementa la asistencia a los festivales de música. La participación se multiplica. Los libreros y editores se quejan de la caída en las ventas, pero las ferias del libro reciben cada año más visitantes. Hay dos ferias muy concurridas en América Latina: la de Buenos Aires, en primer lugar, que pasó de un millón a un millón doscientos cincuenta mil asistentes en los últimos cinco años, y la de Guadalajara, cuya afluencia se incrementó de seiscientos mil a setecientos veinte mil. Muchas cosas pasan gracias a la búsqueda de reunirse, de estar presente, de verse o interactuar físicamente. Por eso es necesario, como agenda de investigación y política, reconocer la importancia de las diferentes maneras de interactuar que no se sustituyen la una a la otra.

La interacción entre pensamiento político, social y económico, que antes veíamos en esferas separadas, ha cambiado. Existía un régimen de estrategias y tácticas para producir proyectos culturales y sostenerlos. Se pasó de la estigmatización de quienes pedían financiamiento privado (pues sólo era legítimo el financiamiento público o incluso la abstinencia de cualquier financiamiento) y entendían la militancia como una forma de autogestión absolutamente independiente, a una etapa en que se crea una circulación diversificada entre esas instancias. Un momento de ruptura en este proceso ocurrió a fines del siglo XX, cuando por primera vez los sociólogos estudiaron los manuales de las empresas, sus métodos de captación de personal y de organización interna con el objetivo de comprender cómo la administra-

ción empresarial fue capaz de apropiarse de la energía y de los proyectos anticapitalistas o antiindustriales del siglo XIX. Lo que hicieron fue incorporar a la vida de la empresa los objetivos de los movimientos críticos: formaron a su personal en creatividad, innovación y organización colaborativa. Ahora estamos en otra etapa, aunque todavía hay autores, como Lazzarato, que siguen idealizando el mundo del trabajo independiente, precario, como una alternativa sistémica. Es como una suerte de herencia renovada de las utopías de las décadas de 1960 y 1970.

Desde el punto de vista empresarial se apuesta por la economía creativa, por la capacidad de organización codependiente, o lo que se ha llamado la tercerización de la producción. En vez de que una empresa haga crecer el número de empleados, trabajadores y ejecutivos de acuerdo con sus necesidades de expansión económica, deriva parte de la producción a grupos autogestivos privados, creadores jóvenes, egresados universitarios desempleados, o trabaja directamente con las universidades, como ocurre en los Estados Unidos o Inglaterra, cuando se busca captar y cooptar a las elites jóvenes que puedan insuflarle a esa empresa un impulso expansivo. Casi nunca se incorporan efectivamente a las plantas de trabajo.

El mundo de la empresa, el de la cultura y el Estado se articulan en combinaciones flexibles. Desde la década de 1970, los mejores cineastas latinoamericanos trabajaban en publicidad para las grandes empresas y con lo que ganaban ahí filmaban sus películas independientes. Esto sucedía entonces en países como Brasil, Argentina y México y sigue sucediendo, salvo las excepciones de los que triunfan en los festivales y logran adentrarse en el circuito comercial. Este cruce de caminos ya no se da sólo en el cine; es una constante en el mundo cultural. En la música es un fenómeno poderosísimo: se participa al mismo tiempo de un contrato con las grandes firmas de la producción musical y se asiste a festivales más o menos comerciales o independientes, con lo cual se administran el prestigio y la presencia de cada grupo y se incorpora a movimientos de solidaridad. Hay miles de creadores que se integran a varios circuitos económicos. Por esta razón, no puedo pensar que la economía solidaria es una alternativa radical a la economía capitalista. Ambas están muy implicadas. A veces funcionan con cierta independencia en grupos ecologistas radicales, un poco fundamentalistas, pero en general están interrelacionadas. Es una lucha entre creati-

vidades e imaginaciones, a ver quién se come al otro o a ver quién logra subsistir pese al otro.

La situación es fascinante. El problema es que no sabemos bien qué está sucediendo con los miles de jóvenes que quedan fuera de la economía más visible y honesta. Centenares de miles se están pasando al crimen organizado de distintos tipos en América Latina, y algo similar puede suponerse que está sucediendo en las mafias del crimen para eludir el control del Estado, de los organismos de seguridad o de espionaje. Me refiero a la hipótesis, basada en algunas evidencias, de que administradores, ingenieros, geólogos y otros profesionales son reclutados por organizaciones criminales. Esos grupos irregulares sólo pueden actuar con el sentido técnico y estratégico transnacional que exhiben como resultado de haber captado a jóvenes con alto nivel; no son sólo los sicarios pobres que mueren en los enfrentamientos. Hay muchos signos de esta alarmante clientelización de la elite: están creando una red de gestión económica, informática y social. No vemos que este fenómeno se esté estudiando y su dimensión aún se nos escapa.

Destaco que la deslegitimación de los partidos políticos y los gobiernos se produce, sobre todo, por descreimiento de las nuevas generaciones. Reconozco una enorme lucidez en el escepticismo de los jóvenes respecto del Estado. Para la enorme mayoría no se puede esperar nada de los partidos políticos. No sólo han dejado de militar políticamente, sino que están buscando con convicción en otras escenas, ya sea en su trabajo personal, en su articulación familiar de sobrevivencia o en las maneras de organizar su creatividad, comunicarla e intercambiar con otros a través de redes no convencionales. Eso no quita que se puedan presentar a la becas del Fonca, o que pidan subsidios a empresas como Jumex. Sin embargo, ven estas oportunidades como ocasiones excepcionales. Se puede observar este proceso en la iconografía visual y en las letras de sus músicas, que ponen en evidencia la "legitimidad" de lo informal o alternativo, con cierta transversalidad en las clases sociales y las regiones de los países. No desconectaría el fenómeno de los jóvenes emprendedores y creadores, más visible en la Ciudad de México, del éxito del narcocorrido y de otras formas culturales expresivas, consagratorias de la informalidad y la ilegalidad en varias zonas del país. Por algo tienen una repercusión social tan extendida.

De todas maneras, esta emergencia de formas alternativas de socialidad y producción cultural no permite demasiadas ilusiones. Todavía puede reafirmarse un control del sector más corrupto del aparato político, que intenta así salir de las dificultades de gobernar esta situación contrahegemónica o antihegemónica. No es fácil, como se ve dramáticamente en México, una reconstitución del tejido social ni generar iniciativas sostenidas para aliviar la situación, como serían el despenalizar las drogas, mejorar el régimen carcelario, reformar el sistema de justicia y crear empleos sin precariedad. No se ve capacidad en el Estado, ni en los partidos políticos de oposición. No saben qué hacer.

Existe malestar también en algunos sectores del empresariado: un sentimiento de inviabilidad respecto de este modo de gobernar el país. Lo han sufrido en carne propia: gran parte de la elite económica de México está viviendo en el extranjero o se ha llevado su familia y el jefe de familia va y viene; otros mandan a sus hijos a estudiar a otros países. Esto no puede durar mucho. La aparición del Bronco con una candidatura independiente en Monterrey expresa este malestar, el cansancio de las extorsiones, de los desplazamientos poblacionales y de la pérdida de productividad en un lugar protagónico de la vida económica mexicana. Es significativo que de las universidades privadas también surjan críticas. Están en un situación un poco desconcertante, como nos dejó ver la paradoja del movimiento #Yosoy132, que nació en instituciones privadas, donde los padres pagan por la educación de sus hijos más de 20 mil pesos por mes. Sin embargo, están expresando en sus aulas y en las manifestaciones de sus estudiantes un profundo descontento.

En tanto, las universidades públicas se han atrincherado en la autonomía, en la administración de lo que siguen teniendo por inercia: presupuesto, la planta de profesores que envejece, menos estudiantes de los que deberían recibirse e instituciones que no han crecido de acuerdo con la población. Las cifras dan cuenta de un descenso (más que un estancamiento) del país. Puede percibirse en la situación de la UNAM, que lleva varios años recibiendo el ocho por ciento de sus postulantes, o de la UAM u otras universidades públicas. Desde 1974, cuando se fundó la UAM, se han creado en la zona metropolitana algunas universidades privadas y sólo una pequeña pública, la Universidad de la Ciudad de México, que da servicio a 13 mil es-

tudiantes y cuenta con 800 egresados, y la unidad Cuajimalpa de la UAM, que atiende a menos de mil estudiantes. Es un déficit espectacular. Todavía hay una potencialidad de pensamiento crítico, de solidaridad en las universidades, pero son instituciones que deberían renovarse de manera radical.

Sorprende, por ejemplo, la acumulación de estudios, tesis e investigaciones en equipo realizados en muchas de estas instituciones públicas y muy pocas privadas, que dan conocimientos para repensar el país. Me detengo un momento en lo que ocurre en el campo de la antropología, donde han cambiado los temas de investigación a partir de las iniciativas de los estudiantes que llegan a los posgrados. Hace veinte o treinta años, cuando comenzamos a preguntarnos sobre cultura urbana, sobre industrias culturales en México, los ejes que agrupaban a los investigadores tenían que ver con la voluntad de conocer más las ciudades, sobre todo las grandes metrópolis. Éste fue un giro importante para sacar a la antropología del ensimismamiento en lo mesoamericano y las cuestiones étnicas. Sigue habiendo buena investigación sobre esos campos tradicionales, pero ya llevamos treinta años de estudios consistentes que desembocan en reflexiones renovadoras sobre cómo ha cambiado el consumo en el país, la vida cultural en la Ciudad de México, en otras grandes ciudades y en la frontera, qué pasa con las industrias culturales y con las tecnologías digitales y cómo es la relación de las telecomunicaciones con las distintas industrias culturales. Hemos acumulado un saber que no está presente en las políticas públicas. No estuvo, por ejemplo, en la reforma de las leyes de telecomunicaciones y medios, salvo por los aportes de la Asociación Mexicana del Derecho a la Información (AMEDI) y algunos académicos. Pero finalmente la reforma aprobada favorece a los monopolios, en contra de la esperada redistribución de la expresividad social en las comunicaciones que virtualmente facilita la digitalización.

Otra preocupación todavía más reciente nos llama la atención: la de hacer antropología de la experiencia, de los cuerpos y de género. Existen nuevos modos de mirar la realidad en los cuales lo subjetivo, los cuerpos y las relaciones intersubjetivas tienen una importancia mayor que en el pasado. Antes pensábamos más en estructuras y en cómo cambiarlas. Ahora importa mucho más el aspecto vivencial. Con respecto a este último giro, uno podría preguntarse si esta tendencia no deriva de la falta de esperanza en transfor-

mar las estructuras. Me parece que hay algo más que tiene que ver con valorar lo que se puede lograr pese a las estructuras o en medio de ellas.

Taniel Morales sostiene que el consenso está sobrevalorado. Coincido. Pienso, además, que el consenso forma parte de una concepción utópico-democrática expansiva de las sociedades hasta la década de 1970. El disenso, en cambio, desde el comienzo de la modernidad, es un componente indispensable para captar el dinamismo de las sociedades, el descontento de los excluidos, los múltiples lugares posibles de los disidentes. En *Las palabras y las cosas*, Michel Foucault decía: "no necesitamos tanto la utopía, sino heterotopías". ¿Cómo reunir lo distinto en proyectos parciales, transitorios? La pregunta apunta, en parte, a una constatación etnográfica: todas las sociedades son diversas, pero además son dispersas. ¿Qué hacer con esa disgregación constitutiva de lo social contemporáneo? Una primera tarea es diferenciar la disgregación destructiva o autodestructiva, sectaria, resultado de los procesos desintegradores del neoliberalismo y ver otra desintegración que parte de los muy heterogéneos modos de constitución de lo social. En el campo de la acción estamos todavía en la dificultad de reconfigurar el panorama, porque ya no se puede sostener la multiplicidad de posiciones desconectadas que se justificaban por su capacidad de sostenerse como autónomas. Vivimos en un mundo demasiado concentrado en el que urge plantearse el desafío de construir alternativas a nivel macro.